

Andrieu de la Vigne.<sup>1</sup> Francia. Siglo XV

## LA MORALIDAD DEL CIEGO Y EL COJO

[Personajes

El ciego  
El cojo]

2 pordioseros

EL CIEGO. —Una limosna para el pobre necesitado que jamás vio nada!

EL COJO. —¡Haced el bien al pobre cojo que no puede moverse a causa de la gota!

EL CIEGO. —¡Ay! Moriré sin duda aquí por no tener un servidor.

EL COJO. —No puedo caminar, realmente, ¡mi Dios, protégame!

EL CIEGO. —¡Ay! El malvado que me ha extraviado y me ha dejado acá, ¿cómo ha podido dejarme así en este lugar? ¡El me guió realmente mal, me robó, luego me abandonó aquí!

EL COJO. —¡Ay! ¡Me pregunto cómo haré para ganarme ahora la vida! ¡No podría alejarme de acá aunque tuviera ganas!

EL CIEGO. —Mi pobreza será completa si dentro de breve plazo no encuentro un servidor.

EL COJO. —La desdicha me ha perseguido a tal punto que me ha sometido.

EL CIEGO. —¿Encontraré un servidor? Si me sirviera bien, lo recompensaría. Tuve uno bueno antes, mientras vivió, que se llamaba Giblet. Era seguro, aunque fuera feo. He perdido

mucho con su muerte. Era agradable e ingenuo. ¡Maldita sea la que lo mató!

EL COJO. —¿No lograré que nadie me socorra? ¡Tened piedad de mí, por amor de Dios!

EL CIEGO. —¿Quién eres tú que te quejas tanto? Amigo mío, ¡sal de allí!

EL COJO. —¡Ay! Aquí estoy en medio del camino en el cual me siento incapaz de avanzar. ¡Ay, San Mateo! ¡Qué desdichado soy!

EL CIEGO. —¡Ven y acércate a mi lado, si te place! ¡Nos regocijaremos un poco!

EL COJO. —¡Hablas de gusto! ¡Nosotros jamás conoceremos la dicha!

EL CIEGO. —¡Acércate, haremos una gran comida, si le place al Dios del Paraíso! No haremos mal a nadie aunque estemos quebrados.

EL COJO. —Amigo mío, hablas ociosamente. No podría moverme de aquí. ¡Que Dios maldiga a aquellos por quienes me encuentro en este camino!

EL CIEGO. —Si pudiera llegarme hasta ti, me sentiría contento de llevarte si tuviera fuerzas para aliviar en algo tu mal. Y tú, para reconfortarme, ¿me conducirías de un lugar a otro?

EL COJO. —He aquí una excelente idea que no debe dejarse de lado. No se puede hablar mejor.

EL CIEGO. —Me dirigiré a ti, si puedo. ¿Voy en la dirección exacta?

EL COJO. —Sí, sin duda.

EL CIEGO. —Como no quiero caerme, es mejor que camine en cuatro patas. ¿Voy bien?

EL COJO. —¡Recto como una codorniz! No tardarás en llegar a mi lado.

EL CIEGO. —Cuando esté a tu lado, dame la mano.

EL COJO. —Sí, te la daré, te doy mi palabra... ¡No vas bien, da vuelta!

EL CIEGO. —¿Para ese lado?

EL COJO. —No, más bien hacia la derecha.

EL CIEGO. —¿Así?

EL COJO. —Sí.

EL CIEGO. —No puedo estar más satisfecho puesto que te he alcanzado, querido señor. Vamos, ven, colócate sobre mí, ¿quieres? Creo que podré llevarte.

EL COJO. —Trataré, luego te conduciré. (*Logra mal o bien alcanzar la espalda del ciego.*)

EL CIEGO. —¿Estás bien?

EL COJO. —¡Sí, realmente bien! ¡Ten cuidado de no dejarme caer!

EL CIEGO. —Si esto me sucede, ¡ruego a Dios que la desdicha caiga sobre mí! Pero condúceme bien.

EL COJO. —Sí, sin duda. Hago un juramento. ¡Toma! He aquí mi bastón, me obligaré a conducirte de manera segura.

EL CIEGO. —¡Ay diablo, qué pesado eres! ¿Cómo es posible?

EL COJO. —Camina bien y conduce con prudencia nuestro asunto. ¿Comprendes? ¡Avanza!

EL CIEGO. —Sí, a pesar de que eres muy pesado.

EL COJO. —¡Pero no! ¡Pero no! Soy más ligero que una pluma, ¡voto va!

EL CIEGO. —Tómate, tómate si quieres que te deje descansar. ¡Por la Santa Sangre! Jamás un yunque de herrero ha sido tan pesado. ¡Transpiro! ¿Cómo es posible?

EL COJO. —¡Ah! Me vanaglorio de que no hay en el mundo carga más agradable que la que llevas en este momento.

EL CIEGO. —¡La más desagradable por el contrario! Desde hace tres meses no has c...!

EL COJO. —¡Que Dios me ayude! Haces malas bromas al respecto. Hace seis días, por San Nicolás, que no he ido al excusado.

EL CIEGO. —¡Ah! ¿Os habéis mofado de mí? Por cierto descenderéis e iréis a hacer donde queráis una cosa semejante a una torta.

EL COJO. —Lo quiero, siempre que me esperéis hasta que regrese.

EL CIEGO. —Sí, sí, sin duda.

(El texto dice: *Inmediatamente el cojo desciende y el oficial<sup>2</sup> se dirige a ver si los monjes duermen. Cuando los canónigos traen el cuerpo, ellos recomienzan a hablar.*)

EL CIEGO. —¿Qué se dice de nuevo?

EL COJO. —¡Cómo! Se dicen cosas extraordinarias. Un santo ha muerto recientemente. Cumple acciones maravillosas. Cura las más peligrosas enfermedades que imaginarse pueda si se llevan a él con el deseo de ser curadas. Pero yo no quiero ser curado.

EL CIEGO. —¿Cómo es eso?

EL COJO. —No tengo ganas de reír. Se dice que si él pasara por aquí, me sanaría sin siquiera invocarlo, e igualmente a vos. ¡Acercáos, si ocurriera que nosotros no experimentáramos ni mal ni dolor, tendríamos mayor preocupación para vivir que la que tenemos!

EL CIEGO. —Yo diría que vayamos adonde podamos librar-nos de desdicha. Es lo mejor que podemos hacer.

EL COJO. —Si yo estuviera seguro de que no nos curaríamos completamente, me gustaría. Pero si hubiéramos de curarnos completamente, no iría. Más valdría que nos alejáramos rápidamente de acá.

EL CIEGO. —¿Eh, qué dices?

EL COJO. —Cuando esté curado, moriré de hambre, pues todos dirán “¡a trabajar! ”. Jamás iré al lugar en que se encuentra el santo. Cuando esté sano, me llamarán truhán, diciendo: ¡qué atrevido, bien merecería que se lo enviara a galeras!

EL CIEGO. —Jamás he visto tal charlatán. Confieso que tú tienes razón, conoces bien el arte de charlar.

EL COJO. —No quisiera marchar derecho ni estar más ágil de lo que estoy, os lo aseguro.

EL CIEGO. —Quien quiera ir, se perderá. ¡No vayamos nunca!

EL COJO. —Si estuvieras curado, te apuesto a que no tardarías en arrepentirte. Nadie te dará nada sino pan como alimento, jamás lograrás nada sabroso.

EL CIEGO. — ¡Preferiría que me sobreviniera una gran desdicha, que me castigaran con dos látigos antes que se me devolviera la vista!

EL COJO. — ¡Tu bolsa pronto carecería de dinero!

EL CIEGO. — Te creo.

EL COJO. — Jamás se verá provista. No tendrá ni cara ni ceca.<sup>3</sup>

EL CIEGO. — ¿Verdad?

EL COJO. — Sí, ¡por la cruz! Será tal como te digo.

EL CIEGO. — Te doy crédito, pues tú hablas por mi bien.

EL COJO. — ¡Me han dicho que el cuerpo del santo estaba en la iglesia! <sup>4</sup> Es necesario que nos dirijamos hacia este lado.

EL CIEGO. — Si lo encontramos, seguramente el diablo nos habrá conducido.

EL COJO. — Dirijámonos apartados, hacia este lado.

EL CIEGO. — ¿Por dónde?

EL COJO. — Por acá.

EL CIEGO. — Con cuidado.

EL COJO. — Realmente sería muy tonto si me dirigiera a su encuentro ahora.

EL CIEGO. — ¡Vamos!

EL COJO. — ¿Hacia qué lado?

EL CIEGO. — Derecho, hacia donde este alegre bravo que soy yo, tiene su vivienda.

EL COJO. — ¡He aquí un prudente discurso! ¿Adónde iremos?

EL CIEGO. — A la taberna. Yo voy allí a menudo sin linterna.

EL COJO. — Te digo que yo hago lo mismo con mayor gusto que ir a la cisterna que, por mi fe, está llena de agua. Vamos inmediatamente. (*Se oyen los cantos de la procesión que se pone en marcha.*)

EL CIEGO. — ¡Oye!

EL COJO. — ¿Qué?

EL CIEGO. — ¿Qué es esto que hace un ruido tan grande?

EL COJO. — ¿Y si fuera el santo?

EL CIEGO. — ¡Qué emoción! ¿A qué obedece este ruido?  
¿Qué puede ser?

EL COJO. — Todos lo siguen.

EL CIEGO. — ¡Fíjate bien qué puede ser!

EL COJO. — ¡La desdicha nos persigue de cerca! Es el santo,  
¡lo juro, mi señor!

EL CIEGO. — ¡Huyamos rápidamente hacia algún lado! ¡Ay,  
tengo gran temor de ser apresado!

EL COJO. — Ocultémonos debajo de alguna ventana o en algún rincón. ¡Ten cuidado de no caer!

*(El ciego tambalea haciendo caer a su compañero.)*

EL CIEGO. — ¡He actuado muy mal al caer tan mal!

EL COJO. — ¡Por amor de Dios! ¡Que no nos vean! ¡Sería una catástrofe!

EL CIEGO. — ¡Me golpea el corazón, tanto miedo tengo!  
¡Pues sería una verdadera catástrofe!

EL COJO. — Ten cuidado de que no nos retengan y deslicémonos debajo de alguna escalera.

*(La procesión pasa al lado de ellos, acompañando el cuerpo.)*

EL CIEGO *(recobrando súbitamente la vista)*. — ¡Me siento muy reconocido hacia el santo! ¡Oh, veo lo que jamás he visto! ¡Era estúpido, os lo aseguro, al haberme apartado de él, pues no hay nada en el mundo, según mi opinión, que valga lo que vale la luz!

EL COJO *(curado)*. — ¡Que el diablo lo lleve, pues está contento y expresa su reconocimiento! ¡Realmente podría haber dejado de venir a este lugar! ¡Ay, no sé qué hacer, será necesario morir de hambre, de tristeza! ¡Lastimo mi cara! ... ¡Maldito sea el hijo de...!

EL CIEGO. — Era tonto en extremo, lo creo, al huir de tal manera del buen camino, conservando la ruta incierta que había tomado por mi locura. ¡Ay, yo no conocía la enorme dicha de ver claro! Veo la Borgoña, Francia, Saboya, por todo ello agradezco humildemente a Dios.

EL COJO. — ¡La desdicha se ha abatido sobre mí que jamás

aprendí a trabajar! ¡Es un día realmente desdichado! ¡Qué mala suerte haberme dejado apresar! ¡Qué desdicha! Me cuento entre los tontos y mido todo mi infortunio.

EL CIEGO. —La fama de tus gloriosos hechos, noble san Martín, es tan común, que numerosas gentes llegan hasta ti, esta mañana, como hasta una maravilla. Te doy gracias por este beneficio, en francés, no en latín; si me rebelé contra ti, te pido perdón por esta mala acción.

EL COJO. —Puesto que ya estoy de pie, a pesar de mis dientes y de mi cara, actuaré tan bien que mi cuerpo parecerá impotente. Porque os digo que conozco la práctica y el arte [de transformarme] por medio de ungüentos y de hierbas. De tal manera, aunque sea gentil y gallardo, haré de tal suerte que hoy digan que mi pierna quema con el cruel mal de San Antonio.<sup>5</sup> Me mostraré más reluciente que el tocino, soy experto en hacer eso. No habrá nadie que no me dé limosna por piedad y compasión. Sabré imitar a una persona llena de desolación. Diré: “En nombre de la pasión, mirad a este pobre hombre. Mirad cómo está, atormentado y torturado”. Luego diré que vengo de Roma,<sup>6</sup> que estuve prisionero en San Juan de Acre<sup>7</sup> o que parto de aquí, en viaje a Saint-Fiacre.<sup>8</sup>